CUENTO SANTO

Como los apóstoles eran pobres y rústicos y de corazón sencillo y humilde, Jesús, su divino Maestro, se ocupaba constantemente en instruirlos y prepararlos con lecciones prácticas á su alcance y el del pueblo, para la gran misión de predicar el Evangelio de Dios á las gentes.

Un día caminaba Jesús por las riberas del Jordán en compañía de sus amados discípulos Simón y Judas Iscariote. Dos hombres trabajaban en una heredad inmediata al camino, uno de ellos muy hermoso y el otro muy feo, y ambos hombres saludaron muy corteses y afectuosos á Jesús y discípulos. Jesús y Simón devolvieron el saludo á los dos con el mismo amor á uno que á otro, mas no así Judas, que apenas contestó al saludo del hombre feo y por el contrario contestó muy afectuosamente al saludo del hombre hermoso. Notó Jesús esta diferencia, y así que se alejaron un poco de los trabajadores, preguntó á Judas:

—Judas, ¿por qué has saludado con más amor al hombre hermoso que al hombre feo?

—Maestro, contestó Judas, el viajero que encuentra en su camino un pedazo de oro y un pedazo de pedernal, ¿cómo ha de estimar en tanto el pedernal como el oro?

Jesús calló, sonriendo á Judas tristemente, y Él y sus discípulos continuaron el camino.

Como hacía mucho calor y la jornada iba siendo larga y desabrida, sentáronse bajo unos árboles á cuyo pié brotaba una fresca y cristalina fuente, en la que se refrigeraron así que habían descansado un poco.

Entreteníase Jesús conforme platicaban en golpear con su báculo un ribazo que daba sobre la fuente, cuando desprendiéndose un gran

césped, aparecieron sobre la tierra removida un pedazo de oro y un pedazo de pedernal.

Judas lanzó un grito de sorpresa y alegría al ver el oro, y se inclinó á cogerle.

—Detente, amado Judas, le dijo Jesús, que soy yo quien ha descubierto ese pedazo de oro y ese pedazo de pedernal y el pedernal y el oro son míos y no vuestros.

—Cierto, Señor,—contestó Simón sin vacilar.

—Cierto,—dijo también Judas como de mala gana.

Jesús tomó el oro y el pedernal, y después de cerciorarse de que oro puro era el primero y piedra el segundo, extendió hacia el Oriente sus brazos, suspendiendo en la diestra el pedernal y en la siniestra el oro, y dijo á sus discípulos:

—Quiero haceros dueños de este hallazgo. Tomad á un tiempo de mi mano lo que más os plazca: uno el pedazo de oro y otro el pedazo de pedernal.

Y al decir Jesús esto, Simón y Judas se lanzaron á un tiempo a su diestra y su siniestra para coger, Simón el pedazo de pedernal y Judas el pedazo de oro.

Jesús calló, sonriendo tristemente á Judas, y con alegría a Simón y los tres continuaron por las desiertas orillas del Jordán.

—Maestro,—dijo Judas—el sol declina ya, y apenas hemos tomado hoy alimento alguno.

—Cierto,—contestó Jesús—adquiere, amado Judas, con un poco del oro que llevas, alguna vianda con que nos remediemos los tres.

Judas miró á todas partes, y no viendo por ninguna más que calladas soledades, replicó:

—Maestro, imposible es hallar en estos desiertos quien nos la venda.

Jesús sonrió á Judas tristemente, y dijo á Simón:

—Simón, pescador eras en el mar de Galilea.

Simón comprendió lo que el Maestro deseaba, y acercándose al Jordan, arrojó á la corriente un anzuelo colocado al extremo de una cuerda, y poco después la retiró arrastrando con él un pez muy grande.

Jesús y Simón sonrieron plácidamente al ver fuera del agua un pez tan hermoso.

—¿De qué nos sirve ese pez, les dijo Judas, si no tenemos fuego para asarle?

Jesús y Simón callaron; pero Simón tomó un poco de yesca del tronco de un árbol, la puso sobre el pedernal con el cuento de su báculo, la yesca se encendió, poco después el pez tomaba el color de oro sobre las ascuas de una alegre hoguera, y no mucho después Jesús y sus dos discípulos continuaban su camino aliviados de las angustias del hambre.

Al partir envolvieron con cuidado entre los pliegues de la túnica, Judas el pedazo de oro y Simón el pedazo de pedernal, y Jesús, mirándolos alternativamente, sonrió con tristeza á Judas y con alegría á Simón.

Cuando llegó la noche, que era oscura, oscura como un pecado, Jesús dijo á sus discípulos:

—Necesitamos luz, sueño y descanso para continuar nuestra jornada. Luz nos la dará el nuevo día, sueño y descanso nos dará este bosque. Descansemos y durmamos aquí hasta que despunte el alba.

Dicho esto, Jesús y sus discípulos se acostaron sobre el oloroso césped, y momentos después Jesús y Simón dormían apaciblemente, pero Judas velaba, temeroso de que durante el sueño algún malhechor llegase y le arrebatase el pedazo de oro que poseía.

Bramidos de fieras comenzaron á oirse á lo lejos, cada vez se acercaban, se acercaban más. Jesús y Simón, que continuaban apaciblemente dormidos, ni las oían; pero Judas, que continuaba despierto, y cada vez más aterrado, despertó á sus compañeros y les hizo notar el peligro que á todos amenazaba.

—Amado Judas,—le dijo Jesús,—la luz inspira terror á todos los malos, y por eso las fieras huyen de ella. Adquiere con un poco del oro que llevas un poco de luz, cuyo resplandor pueda librarnos del peligro que temes.

—Maestro,—replicó Judas,—¿quién en esta soledad ha de vendérmela?

Jesús calló, tornando á reclinarse en el césped, y Simón hirió el pedernal, encendió una hoguera, y tornó á dormir, mientras las fieras se alejaban espantadas de la luz y Judas velaba temeroso de que malhechores le robasen su tesoro.

La luz del día apareció, Judas mostraba en la faz las huellas de la inquietud y el insomnio, mientras Jesús y Simón mostraban las del más apacible descanso.

Así continuaron largo tiempo y por diversas comarcas Jesús y sus

discípulos, Jesús enseñando y amando á los pobres de ciencia y ricos de corazón, Simón llevando la piedra que daba luz y Judas llevando el oro, que solo daba peso, hasta que llegó un día en que Jesús, poniendo por cimiento la piedra que llevaba Simón, á quien en memoria de esto llamó desde entonces Pedro, que quiere decir piedra, edificó una gran puerta para entrar en el cielo, cuya llave dió á Pedro, y Judas se ahorcó de un sáuce viendo que el oro solo servía para hacer llaves con que abrir las puertas del infierno.

ANTONIO DE TRUEBA.

EL CRUCIFIJO DE MI HOGAR(1)

Con religiosa fe guardo una talla
Que representa á Cristo cuando inerte,
Y ya sin fuerzas, en la cruz batalla
Con las fieras congojas de la muerte
Sin forma escultural, tosco, mal hecho;
Pero la sola herencia que en el mundo
Mi madre, desolada, al pie del lecho,
Recibió de su padre moribundo.
Ese cristo sin arte y sin historia,
Fué para el pobre hogar que le dió abrigo
Urna de bendición, fuente de gloria,
Y mudo sí, pero inmutable amigo.
El, en la adversa y próspera fortuna,
Avivó la piedad de mis abuelos,
Doró sus dulces sueños en la cuna
Y les mostró la senda de los cielos

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE.

(1) Esta composición figura ya en la EUSKAL-ERRIA, pero la reproducimos hoy en gracia á su soberana belleza.